



Magda Zavala

Sobre *Escrituras del yo femenino en Centroamérica: 1940-2002*, de Teresa Fallas Arias

Universidad Nacional, Costa Rica

mzavalagcr@yahoo.com

Con su libro *Escrituras del yo femenino en Centroamérica 1940-2002*, Teresa Fallas ingresa a los nuevos estudios literarios centroamericanos aportando un trabajo clave, desprendido de su tesis doctoral “Las mujeres y las prácticas de escrituras autobiográficas en Centroamérica: un espacio de resistencias y de subjetividades femeninas” (Universidad Nacional, Costa Rica, 2007). Se trata del análisis de un conjunto de textos, algunos poco conocidos, pertenecientes a las literaturas del yo de las escritoras centroamericanas. Incluye novelas autobiográficas, memorias, etnografías y testimonios autobiográficos, un espacio postergado o ignorado por los estudios anteriores pues, si ya las escritoras, en tanto totalidad, han (hemos) sido poco visibilizadas, este grupo ha sido más olvidado aún. Y así ha ocurrido en América Latina, vista como totalidad.

Según señala Teresa Fallas en una síntesis de su trabajo, este libro explora estos particulares escritos de mujeres, para descubrir las estrategias con las que configuran su propia subjetividad, a saber, modalidades novedosas de escritura debidas a la voluntad de ubicar la historia narrada en el marco de las contradicciones históricas y, especialmente, políticas; al desmantelamiento textual de los sitios del poder patriarcal, al propósito de rescate de la autoría femenina y a la reivindicación del cuerpo como propiedad de las mujeres y sitio de gozo.

En el primer capítulo, se analizan las obras de las pioneras de este tipo de escritura, cuya publicación ocurrió entre 1940 y 1970: *Peregrinaje* (1943), novela de la hondureña Argentina Díaz Lozano; *Memorias de Oppède* (1945) y *Memorias de la rosa* (1946) de la salvadoreña

Consuelo Sunsín; *Autobiografía* (1952) de la hondureña Lucila Gamero; *Tierra de infancia* (1959) de la salvadoreña Claudia Lars; y *El angosto sendero* (1971), novela de Amparo Casamalhuapa (El Salvador). En el segundo capítulo, Teresa Fallas examina testimonios femeninos (escritos en los setentas y ochentas), a los que llama “literatura de guerra”: *Las cárceles clandestinas* (1978) de Ana Guadalupe Martínez; *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1983) de Elizabeth Burgos; *No me agarran viva* (1987) de Claribel Alegría y D.J. Flakoll y *Nunca estuve sola* (1988) de Nidia Díaz. La autora dedica el tercer capítulo a textos autobiográficos propios del período de posguerra y desencanto político e ideológico, publicados entre 1990 y el 2000. Quienes escriben fueron militantes de la revolución y mujeres, en su mayoría, que ejercen la autocrítica política. Entre los libros estudiados están: *Mujeres en la alborada* (1998) de la guatemalteca Yolanda Colom; *El país bajo mi piel* (2001) de la nicaragüense Gioconda Belli y *Ese obstinado sobrevivir* (2000), de la guatemalteca Aura Marina Arriola.

Como se puede ver, el estudio se ocupa de un amplio repertorio de autoras y obras centroamericanas, muchas de ellas situadas fuera del canon. De este modo, Teresa Fallas nos ofrece un producto pionero en varios sentidos: ofrece un marco feminista para el abordaje, procura la contextualización histórica de los textos y se arriesga al tratamiento de autoras y obras fuera del canon y, en consecuencia, amplía su cobertura con un llamado a la inclusión de textos escritos fuera de los márgenes literarios.

Un primer punto central que aborda Teresa Fallas en este libro es aclarar qué se entiende por literaturas del yo. El estudio lidia y dialoga con todo este marco crítico precedente, lo amplía, señala varias faltantes en su teorización y trae al campo literario centroamericano la discusión al respecto. Eso significa que tuvo que hurgar en el amplio espectro de intenciones que alientan los trabajos precedentes, desde los que quieren señalar como buena y estática la situación de marginalidad, hasta los que reivindican su pleno carácter literario, sin omitir los que se encuentran en la ambigüedad y las relativizaciones.

Un segundo aspecto clave de este estudio es que se afina en la Centroamérica del siglo XX, con todas las contradicciones que tiene la vida social de ese siglo como espacio de producción y de recepción de estos textos y como sitio histórico de referencia. La importancia que, según este estudio, dan las autoras al ambiente social, a la condición social del texto y a la historia social permite reconocer que las dimensiones autobiográficas están atravesadas por las marcas y condicionamientos de su medio; más aún, se señala la inscripción de esa vida social en los textos. Como dice Teresa Fallas, los personajes femeninos de estos textos muestran conciencia identitaria, son gestoras y partícipes de las transformaciones sociopolíticas y poseen memoria histórica. Por esta intención, estos textos se alejan de la literatura del gran mercado, que hace todo lo contrario. De este modo se entiende que la gran mayoría no haya sido publicada por grandes editoriales.

Otro aspecto que merece especial mención y que destaca Teresa Fallas en su estudio es que son las mujeres y los grupos en situación de marginalidad social quienes más han recurrido a estos géneros literarios marginales. De esta circunstancia se desprende otra explicación para lo cuestionado de su prestigio. En efecto, las mujeres, privadas de las experiencias de la vida pública en razón del género durante milenios, situadas fuera de los ámbitos “gloriosos” de los hechos militares, así como de la vida política y de los negocios, tenían en su propia vida, reducida al ámbito doméstico y familiar, un sitio especial desde donde observar y valorar el mundo. Por esa razón, los espacios de la confidencia, la mesa tanto como la cama, ofrecían información muy importante a las mujeres. Su exclusión de lo público era una violenta e injusta condición de las relaciones sociales, pero le daban un sitio especial para la escucha de lo que ocurría en el ámbito microsocioal, el de la vida privada, donde ocurren las relaciones primarias y se dirimen aspectos claves de la totalidad conflictiva de la cultura.

Además de todo lo señalado hasta aquí, Fallas asume una perspectiva feminista. El advenimiento de la crítica feminista ofrece un instrumental muy valioso y, a estas alturas, ineludible para todos los críticos, pues el componente de género atraviesa la escritura de hombres y mujeres, se quiera ver o no. Lo anterior no significa que sea imposible hacer crítica en el

momento actual ignorando los hallazgos de la teoría feminista, pero, sin ella, cualquier tipo de práctica crítica expone su convencionalismo y un cierto atraso cultural.

En el nuevo momento de la vida regional, provocado por el advenimiento de la globalización y las nuevas políticas de intervención militar, comunicacional (internet, redes sociales y televisión por cable) y cultural en Centroamérica, momento al que he llamado de recolonización neoliberal, las luchas de género han tenido fuertes retrocesos. De ahí que un libro como el que se presenta aquí cumpla un papel primordial: sumarse a los espacios de resistencia de género, dar respuestas a la necesidad de exorcizar y relativizar las formas impuestas de representación imaginaria de los medios de comunicación, de ampliar los márgenes del canon, de seguir luchando por las inclusiones.

Bienvenidas las literaturas centroamericanas del yo, en todo lo que tienen de alternativo, contrastante y veraz, incluyendo las verdades profundas de la ficción, e, igualmente, este libro de Teresa Fallas que tanto abona en ese sentido.

Fallas Arias, Teresa. *Escrituras del yo femenino en Centroamérica: 1940- 2002*. San José: EUCR, 2013. 303 pp.